

Frank, Andre Gunder

FRANK CONTRA EL IMPERIALISMO CIENTIFICO. "Economic Genocide in Chile", 87 p. Spokeman Books, Nottingham, 1967

Este librito contiene las dos cartas abiertas enviadas por el viejo Frank a Arnold Harberger y Milton Friedman, en agosto de 1974 y abril de 1976, acerca de la participación de éstos en la política económica del gobierno militar chileno. Lo importante no está en el hilo del discurso —desordenado pero ilustrativo— ni se agota en la denuncia de la tragedia vital de un pueblo sometido a un modelo económico que incluye la violenta compresión de los niveles de consumo. Frank acusa a estos dos científicos sociales como oficiales de estado mayor de una estrategia diseñada por los intereses imperialistas para cambiar la estructura productiva chilena.

Las cartas han sido puestas sobre la mesa por los propios protagonistas. Durante varios años, Friedman y Harberger han formado, bajo la óptica monetarista, un equipo numeroso de economistas chilenos, en la Universidad de Chicago. Es este equipo el que fue llamado por el gobierno de Pinochet para mane-

jar la economía nacional desde 1973. Son los "Chicago Boys", como ellos mismos se denominan.

La base teórica de la cual parten tiene vigencia no sólo en Chicago y no sólo en Chile se la ha usado. Sostienen los monetaristas que los precios son determinados por la cantidad de moneda, dado que la velocidad de la circulación y la cantidad de bienes y servicios varían con relativa lentitud. La inflación, por tanto, se debe al exceso de circulante, especialmente provocado por el gasto del Estado. Como se pone de manifiesto, la "solución" monetarista postula un rol determinado del Estado: la no intervención; se salta así de lo económico a lo político. En el Perú, "La Prensa" de Pedro Beltrán construyó esforzadamente una "opinión pública", o una ideología económica, en base a estos principios de aparente solidez, que quieren ignorar por entero, conforme puntualiza Frank, la inexistencia de la libre competencia en el capitalismo actual y

la flagrante concertación de producción, mercados y precios por los monopolios que lo controlan.

Según los "Chicago Boys", la raíz del problema es que durante los años de la Unidad Popular en Chile (70-73) el aumento de los salarios produjo un nivel de consumo que no podía ser mantenido por la capacidad productiva del país. ¿El argumento no suena conocido? También son conocidas las líneas de política consiguientes. Los precios tienen que subir al nivel del mercado mundial. Se debe provocar un libre mercado de capitales. Frank anota que ambas "libertades" provocan una inflación cuyo deliberado objetivo es desplazar ingreso y riqueza del trabajo al capital, del capital pequeño al grande y del capital nacional al extranjero. Se trata de reducir salarios reales llevando los precios, pero no los salarios, a nivel del mercado mundial.

176

Es importante dentro de la demostración de Frank que, para juzgar los resultados efectivos de la política Chicago/Pinochet, usa sólo estadísticas chilenas oficiales. Sobre un análisis de abundantes datos trata de demostrar dos tesis básicas. Una es que tal política económica no es una alternativa de desarrollo, como "Business Week" (August 8, 1976) acaba de sugerirlo, sino una apertura violenta del país a

los monopolios. La segunda es que, a pesar de la retórica de Friedman —recientemente invitado al Perú por la Sociedad de Industrias— no se está desarrollando el capitalismo en Chile sino se está produciendo un genocidio económico.

Frank pasa revista a las devoluciones de empresas agrícolas, industriales, financieras y de servicios, el desmontaje del Estado-empresario. Recuerda las "compensaciones" a las empresas mineras norteamericanas; en el caso de la Kennecott se pagaron 69 millones de dólares por El Teniente, con un valor en libros de 20 millones menos, poniendo de lado el cálculo de sobre-ganancias que todo el parlamento chileno aprobó. Por cierto, tales arreglos han sido financiados por la misma mano. De los primeros 680 millones de dólares que recibiera el gobierno de Pinochet como rápidos préstamos de los Estados Unidos, 380 fueron destinados a las multinacionales del cobre expropiadas.

Pero, sin duda, Chile no ha tenido límites rígidos para la "ayuda financiera". Frank suma lo recibido de las instituciones internacionales controladas por los Estados Unidos hasta diciembre de 1975 —es decir, en 27 meses— y son 950 millones de dólares. Allende en tres años

sólo logró 65 millones. El monto recibido por la Junta, añadiéndoles los fondos de préstamos privados y gubernamentales, bordeaba hasta la misma fecha los dos mil millones de dólares, es decir ¡3 millones de dólares diarios! Para no mencionar los armamentos, renglón en el cual sólo Israel y Arabia Saudita superan —en proporción per cápita— lo recibido por Chile de los Estados Unidos.

Pero el centro del problema es el genocidio económico. Frank usa las fuentes chilenas oficiales para mostrar los efectos de la supresión de los “desequilibrantes” subsidios al consumo popular. Hasta diciembre de 1975 el costo de vida había subido 92 veces el de setiembre de 1973. Mientras el precio del pan había subido 227 veces, el sueldo vital sólo había subido 10 veces. Y el índice de salarios reales, ubicado en 121 puntos en marzo de 1973, en julio de 1974 llegaba sólo a los 57. Como consecuencia, en 1974 el consumo promedio de arroz descendió en un 50% comparado al de los años anteriores; 28% el de frijoles, 20% el de azúcar y otro 23% el de leche.

Estas cifras muestran sólo dramáticamente lo ocurrido con la distribución del ingreso. El 5% superior de la población, que recibía el 25% del ingreso na-

cional con Allende, pasó a recibir el 50%. Simultáneamente, la porción del ingreso nacional destinada a los salarios pasó del 51% bajo Frei y el 62% con Allende, a un 38% en 1975 con Pinochet.

Para comprimir salarios, resulta especialmente ingeniosa la jugada de doble movimiento efectuada por la Junta. De un lado, “el tratamiento de choque” dado a la economía incluyó la drástica reducción de la población empleada, es decir, el desempleo. Pero luego, el Estado y las municipalidades han creado “empleos de emergencia”, que emplean a las mismas personas despedidas pero a un salario muy inferior y sin los beneficios de seguridad social. Tal como ha sido planteada por los empresarios peruanos de CADE 76, la “teoría del empleo” defendida por esos sectores —y por los “Chicago Boys” en Chile— sostiene que la reducción del costo de la mano de obra empleada y la supresión de medidas de protección a la estabilidad laboral deben producir un más alto nivel de empleo. Sin embargo, los resultados en Chile, en términos de desempleo, no pueden ser más aleccionadores: de menos del 4% con Allende, en 1976 pasaba el 20% según cifras oficiales.

Frank resume luego las medidas

represivas sobre libertad de expresión, de asociación, de huelga, de enseñanza, etc. que han sido impuestas por el gobierno militar chileno como formas de implementar "una calculada política de genocidio económico que está produciendo una generación de gente que padece de desnutrición y desarrollo mental retardando en una escala previamente desconocida doquiera, en la historia de tiempos de paz de que se guarda memoria" (pag. 69).

178

Por si lo anterior no hubiera sido suficiente, Frank vuelve a la carga con más datos. De la balanza comercial, esta vez: Chile exporta cada año más alimentos. Mientras el consumo interno de calorías descendió en un 15% durante el primer año de la Junta, los alimentos, dentro de la composición de las exportaciones, pasaron del 30% al 10%. Esto es una muestra de la nueva estructura productiva que está construyendo la política económica Chicago/Pinochet: la de un país exportador para el mercado mundial. Los comerciantes protestan; los pequeños industriales quiebran; Frank recoge los testimonios, incluso de quienes contribuyeron al derrocamiento de Allende y hoy son aplastados económicamente por el modelo, directamente dependiente del imperialismo, que se está imponiendo en Chile.

Un buen ejemplo es lo ocurrido con a producción de acero. Con Allende alcanzó las 450,000 toneladas anuales, que se consumían íntegramente, debiendo importarse otras cien mil. En 1975, la producción había descendido a 330,000 toneladas, de las cuales se exportaron 200,000 consumiéndose el resto por la industria aún subsistente. Los ideólogos de la nueva economía explican el plan como la especialización de la producción en aquellas actividades en las cuales el país tiene ventaja en cuanto son comparativamente competitivas en el mercado mundial. Basta de desarrollo "hacia adentro" y protección a las industrias para las cuales el país "no tiene ventajas". Materias primas es aquello en lo que Chile puede ser "competitivo", aunque tal competitividad suponga imponer el comer menos a la población. Es evidente ahora, la verdadera razón del retiro de Chile del Pacto Andino, no sólo ni fundamentalmente por el tratamiento al capital extranjero, sino por el desarrollo de un modelo económico semejante al de los países centroamericanos de la primera mitad de este siglo, totalmente dependientes de los centros hegemónicos mundiales.

Frank sostiene que el modelo no funciona. Desgraciadamente no desarrolla demasiado este punto. Se ha preocupado más de la

denuncia que de la discusión de la política chilena como alternativa. Pero esto es característico del autor. Como en sus otros trabajos el principal objetivo no es trazar un cuadro acabado de la situación sino tirar una primera piedra, abrir trocha en la jungla ideológica contraria. Como científico social, y a pesar que muchas de sus tesis han sido superadas, Frank ha sabido abrir

caminos nuevos al pensamiento creador e imaginativo, siempre en una forma provocativa y controversial. Ahora lo ha hecho, denunciando el papel y los objetivos del imperialismo científico. Y, a su manera, ha dado en el blanco.

Luis Pásara.